

tivamente, en proverbio generalmente recibido, que aquellos á quienes Júpiter quita la libertad quita igualmente la mitad de la inteligencia...

El cristianismo encontró las cosas en este estado. Se le ha echado en cara el no haber proclamado inmediatamente la abolicion de la esclavitud, sin reparar que tuvo dos razones para no verificarlo. En primer lugar, el cristianismo tiene horror á la violencia, detesta el derramamiento de sangre: hé aquí por qué Aquel que murió esclavo en la cruz, no enseñó á la humanidad el camino de Espartaco. La segunda razon de este procedimiento del cristianismo es que el esclavo no era capaz de la libertad: antes de hacer de él un hombre libre, era necesario hacerle hombre, reconstituir en él la persona, despertar su apagada conciencia y ennoblecerle á sus propios ojos. Por este camino, en efecto, habia comenzado Cristo, al tomar la forma de esclavo y subir á la cruz. A su ejemplo, todo hombre se convertia en esclavo voluntario, en el mero hecho de hacerse cristiano: *Qui liber vocatus est, servus est Christi*.

Todos aquellos que morian mártires morian esclavos verdadera y legalmente, *servi pœnæ*. Así es que desde los primeros dias del cristianismo, la cadena del esclavo, bañada ya en la sangre del Calvario, fué purificada y hasta consagrada con la sangre del martirio: los esclavos mismos acudieron á disputar á sus amos el honor de morir por la inviolabilidad inmortal

de la conciencia. En aquellas bandas de mártires que se ofrecen al suplicio desde los primeros siglos, vemos siempre algunos esclavos para representar esta parte decaida y maldita de la humanidad...

Desde ese dia, la conciencia queda restaurada, la persona ennoblecida y el esclavo no hará mas que cumplir una servidumbre voluntaria. En adelante, el peligro para el esclavo no estará en despreciarse á sí mismo, sino mas bien en despreciar á su amo.»

Apenas se concibe, ciertamente, que se haya echado en cara al cristianismo no haber abolido completamente la esclavitud desde sus primeros dias. Aparte de la imposibilidad material de realizar esto, y aparte tambien de las profundas perturbaciones sociales, políticas y hasta económicas que hubiera producido la abolicion repentina y completa de semejante institucion, era necesario, ante todo, comenzar por abolir la esclavitud en el órden moral, antes de abolirla en el órden material: era preciso dar principio á la grande obra de redencion universal del esclavo, que en sus entrañas encerraba la doctrina de Jesucristo, por medio de la rehabilitacion moral y religiosa del esclavo: antes de romper sus cadenas de hierro, preciso era romper y fundir las cadenas que aprisionaban su inteligencia, su corazon y su alma; era preciso restaurar su conciencia y su personalidad, rehabilitándole á sus propios ojos. Porque sabido es que en fuerza de la opinion pública, de las costumbres, de las leyes civiles y de

las máximas religiosas á la sazón dominantes, los mismos esclavos habían llegado á creer en su propia degradación, estando persuadidos de su inferioridad con respecto á los demás hombres, bien así como de su destino y condenación inevitable al envilecimiento y la servidumbre. De aquí aquella bajeza de sentimientos, aquellas pasiones innobles, aquella depravación de costumbres, aquella grosería de instintos, de acciones y de propósitos á que se entregaban generalmente, que los caracterizaban y distinguían de las personas libres. La sátira latina, y más todavía la escena, nos manifiestan abundantes pruebas de esto. Las producciones del liberto Terencio, pero sobre todo, y principalmente, las comedias de Plauto, que había arrastrado la cadena del esclavo, representan con colores demasiado vivos y enérgicas pinceladas, la degradación moral de los esclavos.

Esta es la razón por qué el cristianismo, por qué la Iglesia de Cristo, procediendo con su acostumbrada prudencia y sabiduría, se esforzó en restituir al esclavo la libertad moral, antes de restituirle la libertad civil; procuró romper las cadenas del alma antes de romper y fundir las cadenas del cuerpo. Por otra parte, el cristianismo sabía muy bien que la abolición de la esclavitud es y debía ser una consecuencia necesaria y espontánea de la rehabilitación moral, intelectual y religiosa del hombre en general, y del esclavo en particular, siquiera las pasiones é intereses bastardos

del hombre, hubieran de retardar la hora feliz de la completa abolición de la esclavitud sobre la tierra. Por eso vemos que los antiguos padres y doctores de la Iglesia, al paso que afirman y promueven con su palabra y con su ejemplo la redención y libertad de los esclavos, ensalzan por otra parte, y preconizan la libertad moral y religiosa del alma, como superior á la libertad del cuerpo. «Puesto que nuestro Redentor, escribía san Gregorio Magno, autor de toda la creación, ha querido tomar la carne del hombre para que el poder de su divinidad quebrantara la cadena de nuestra esclavitud (del pecado), y nos restituyera á la libertad primitiva (de la gracia), es obrar de una manera conforme á la salvación, tener piedad de aquellos que la naturaleza había hecho libres, que el derecho de gentes había reducido á esclavitud, y restituirlos, por medio del beneficio de la manumisión, á la libertad para la cual nacieron.» (1) Estas mismas ideas y máximas se encuentran en otros lugares de sus obras, (2) lo mismo que en las de otros padres de la primitiva Iglesia. Así, por ejemplo, san Juan Crisóstomo que tronaba desde el púlpito contra los ricos que se paseaban por calles y plazas acompañados de multitud de esclavos, y que para justificar su conduc-

(1) *Apud. Decr. Grat.*, caus. 12, cuest. 2.

(2) Véase Wallon, *Histoire de l'esclavage*, t. III.

ta decian que los conservaban en su poder para que no pereciesen de hambre, mientras que por un lado reprobaba su conducta, diciéndoles que si obraban así por caridad debían enseñarles algún oficio y después darles libertad, por otro contestaba con razón á los que le preguntaban por qué el cristianismo no habia libertado de un golpe á todos los esclavos: «Esto fué para enseñaros la excelencia de la libertad. Hay menos grandeza en suprimir la esclavitud, que en demostrar libertad hasta en las cadenas.» (1)

IV.

«El orgullo y la malicia de ciertos hombres, decia Fenelon, son los que arrastran á tantos otros á una horrorosa pobreza.» Los que hayan meditado un poco sobre ese terrible cáncer del pauperismo, que corroe las sociedades modernas, y que produce viva y constante inquietud en los gobiernos y en los pueblos, comprenderán sin dificultad toda la verdad que encierran las palabras del ilustre arzobispo de Cambray.

(1) Homil. 19, in Epist. 4.^a ad Corint.

Los que hayan leído algo sobre economía y estadística, los que hayan reflexionado sobre la situación relativa de las dos grandes clases sociales, la clase rica y la clase indigente, saben demasiado cuán trascendental es para los gobiernos y para la Economía política el problema de la clase obrera. Contribuciones de pobres, asociaciones *filantrópicas*, reglamentación para los hospicios y demás establecimientos de beneficencia, inspección y vigilancia administrativa, organización del trabajo, sociedades cooperativas; de todo se ha echado mano para resolver el gran problema, y sin embargo, el gran problema existe siempre y se revela cada día mas alarmante y amenazador, y parece tender y acercarse rápidamente á la solución socialista.

No negaremos los resultados favorables de los esfuerzos realizados por la administración civil, ni la conveniencia de los medios antes indicados; pero si diremos que esos esfuerzos y esos medios, si no han sido estériles, han sido menos fecundos de lo que correspondía á sus proporciones. Y es que han sido separados de la savia vivificadora y fecundante de toda obra benéfica, el gran principio de la caridad católica; porque, como decia Balmes: «¡Ay de los desgraciados que no reciben el socorro en sus necesidades sino por medio de la administración civil, sin intervención de la caridad cristiana! En las relaciones que se darán al público, la filantropía exagerará los cuidados que prodiga al infortunio, pero en realidad las cosas pasa-

rán de otra manera. El amor de nuestros hermanos, si no está fundado en principios religiosos, es tan abundante de palabras como escaso de obras. La visita del pobre, del enfermo, del anciano desvalido, es demasiado desagradable para que podamos soportarla por mucho tiempo cuando no nos obligan á ello muy poderosos motivos. Donde falta la caridad cristiana podrá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera por parte de los asalariados para servir, si el establecimiento está sujeto á una buena administracion; pero faltará una cosa, que con nada se suple, que no se paga: el amor. Mas se nos dirá: y ¿no teneis fe en la filantropía? No; porque, como ha dicho Chateaubriand, «la filantropía es la moneda falsa de la caridad.»

La Economía política anti-cristiana, la escuela económica que prescinde de los principios religiosos y morales, no solo es incapaz de dar solucion satisfactoria al gran problema, sino que ha contribuido poderosamente á que haya tomado y tome cada dia proporciones exasperantes. La escuela que solo se ocupa del bienestar material, echando por completo en olvido, ó al menos, prescindiendo de los destinos superiores del hombre; la escuela que ensalza y promueve el lujo ilimitado como un medio de produccion y de bien para el hombre y la sociedad; la escuela que solo tiene y recomienda para el obrero la educacion industrial, echando á un lado la educacion moral y religiosa; la escuela, en fin, que no halla otro medio

para conducir al obrero á la adquisicion del bienestar que la excitacion al trabajo por medio de la multiplicacion de necesidades, siquiera estas sean facticias, y por el aliciente de los goces materiales, no es ciertamente la llamada á mejorar la suerte de las clases obreras y establecer relaciones armónicas y permanentes entre la humanidad pobre y la humanidad rica. Lo que sí podrá producir semejante escuela económica es ese lujo insultante que se revela en nuestras sociedades, esas fortunas colosales que aparecen repentinamente en las grandes ciudades industriales y fabriles, esa nueva aristocracia del dinero y de la industria, que arrastra en pos de sí poblaciones enteras de artesanos y obreros, que nos recuerdan los antiguos patricios romanos de los últimos tiempos de la república y primeros del imperio, con sus centenares de esclavos, sus innumerables quintas, sus estanques de lampreas, sus termas, sus cenas y sus convites de millones de sextercios.

Solo la Economía político-cristiana, basada sobre el gran principio de la caridad y del orden sobrenatural, es la que puede, si no hacer desaparecer las condiciones del problema, porque el trabajo es una ley divina y una necesidad social, darle, á lo menos, solucion mas conveniente y mas en relacion con la dignidad del hombre y sus destinos superiores.

En efecto; por una parte, la escuela cristiana de Economía política condena el lujo excesivo y el abuso

de las riquezas, haciendo desaparecer de esta suerte una de las causas mas poderosas y frecuentes del odio concentrado de la clase indigente contra los ricos. Por otra parte, recomendando la caridad como una virtud necesaria y como la virtud predilecta de Dios, aproxima sin cesar el pobre al rico, y hace entrar en su corazon el sentimiento de gratitud en vez del odio excitado por el lujo y las miras egoistas de la Economía anti-cristiana.

Empero, en ninguna cosa se manifiestan tan de bulto las ventajas de la Economía político-cristiana, como en el principio de la caridad aplicado á la instruccion. Ella enseña, en efecto, que debe atenderse ante todo y con absoluta preferencia á la instruccion moral y religiosa de los obreros; porque solo aquí se encuentra el verdadero origen del bienestar para ellos, y de armonía y seguridad para la clase rica y los gobiernos. El obrero que posee un corazon morigerado, el obrero cristiano que posea educacion moral y religiosa, será amigo del trabajo, del orden y de la frugalidad. Cuidará de satisfacer las necesidades verdaderas y primarias de su persona y de su familia antes que las facticias. Procurará cultivar su inteligencia, adquirir buen nombre y hacer ahorros; será buen esposo, buen hijo, buen padre y buen ciudadano, y si, á pesar de sus esfuerzos y fatigas, no puede subir á una posicion mas elevada, si se ve condenado á buscar diariamente en su trabajo el necesario alimento, no

murmurará, no odiará al rico; porque sabe que el Padre celestial da entrada en el reino de los cielos al pobre sumiso y paciente con preferencia al rico orgulloso.

¡Oh! si los gobiernos y los pueblos atendieran con preferencia á la instruccion moral y cristiana de las clases obreras; si cuidáran de formar su corazon en las virtudes cristianas antes de sepultarlos en las fábricas y talleres, que se convierten para el mayor número de estos desgraciados en escuelas de inmoralidad y corrupcion; si escucháran, en fin, las inspiraciones de la Economía político-cristiana, sin duda que el problema del pauperismo no se alzaria tan amenazador y desconsolante para la sociedad y la religion.

Y no es porque el cristianismo y la Iglesia de Cristo ignoren ó desconozcan que las formas y manifestaciones del mal físico, bien así como las formas y manifestaciones del mal moral, acompañarán siempre al hombre á su paso sobre la tierra. El cristianismo y la Iglesia saben demasiado que, dadas las actuales condiciones físicas y morales de la humanidad, esta presenciara siempre en mayor ó menor escala las antitesis ó contradicciones del hombre de la opulencia y del hombre de la pobreza, del hombre de la inteligencia y del saber y del hombre embrutecido y de la ignorancia, del hombre de la salud y del hombre de la enfermedad, del hombre de la virtud y del hombre del vicio. Lo que el cristianismo y la Iglesia católica pre-

tenden, y desean, y piensan, y procuran por medio de sus principios y doctrinas, por medio de sus leyes é instituciones, es, ya que no es posible destruir ni aniquilar por completo el mal, disminuir su intensidad, suavizar sus efectos, utilizar y moralizar su existencia y sus manifestaciones.

No, el cristianismo y la Iglesia, que, de acuerdo con la razon, con la experiencia interna y con la historia, profesa el dogma de la caída original, y reconoce como efecto y manifestación de esta la degradación física, intelectual y moral del hombre, no abriga la confianza de la abolición total de las formas del mal sobre la tierra, porque sabe que esto está reservado para la vida futura, en la que la omnipotencia y la misericordia de Dios cambiará las condiciones de la existencia humana. No es ciertamente el cristianismo, sino el panteísmo hegeliano, el que engaña al hombre con falaces promesas de una divinización futura: no es el cristianismo, sino el krausismo espiritista, el que mece y entretiene al hombre con los vanos ensueños de una edad *plena y armónica*, en que desaparecerán como por encanto de esta tierra que habitamos «los males todos que hoy todavía tuercen y cortan el camino de la vida, la guerra y el despotismo, la injusticia y el egoísmo, la indiferencia y el escepticismo.» (1)

(1) Krause, *Ideal de la Humanidad*.

Hay mas todavía: la profunda, cuanto combatida doctrina del cristianismo en orden á la existencia permanente del mal y de sus manifestaciones sobre la tierra, hállase hoy comprobada y como científicamente demostrada por las conclusiones de la misma Economía política. Las leyes fundamentales y constitutivas de esta ciencia, los elementos y principios generadores de la producción y distribución de las riquezas llevan consigo inevitablemente la existencia y, en ocasiones, hasta el aumento de la miseria y de los sufrimientos. Con su lógica inflexible, franca y ultimadora, Proudhon ha demostrado la realidad de este fenómeno (1), reconocido á la vez por otros economistas contemporáneos. Tomemos, por ejemplo, la división del trabajo, que constituye una de las leyes fundamentales de la ciencia económica, instrumento el mas fecundo y poderoso de saber y de riqueza, y le veremos á la vez influir poderosamente en la ignorancia, favorecer el desarrollo de la miseria y del embrutecimiento de las masas. «Un hombre, escribe Say (2), que durante toda su vida no hace mas que la misma operación, llega sin duda á ejecutarla mejor y con mas prontitud que otro hombre, pero al propio tiempo se hace menos capaz

(1) Véase su obra titulada *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère* passim, y especialmente los capítulos 1.º, 3.º, 4.º y 6.º

(2) *Traité d'Econ. polit.*